

# El niño con los pies de trapo

RAFAEL A. JUNQUERA



 SAWARCANDA

---

---

# Pies de trapo

Así lo llamaba su abuelo de niño. Un nombre que venía de su incapacidad para dar dos pasos por el bosque sin tropezarse con alguna rama, piedra o simple desnivel. No parecía tener la competencia de distinguir las distancias de forma correcta, como si el mundo no tuviera profundidad o perspectiva y las cosas se aplastaran unas contra otras. Era como caminar por una foto en dos dimensiones.

Su nieto había nacido con estrabismo y, como consecuencia, ya bien de niño había perdido la capacidad de ver el mundo en tres dimensiones. Sus andares y postura reflejaban la inseguridad que le producía ver el mundo plano y sin volumen. Un simple obstáculo que el resto de los seres humanos sorteaba sin mayor problema se convertía en una trampa y un sobresalto o, a veces, en un accidente que acarrearía alguna lesión menor.

Tenía cicatrices en ambas cejas, en la barbilla, en ambas rodillas y el dedo meñique de la mano izquierda algo torcido de una rotura debido a una absurda caída al tropezar con una rama mientras buscaba moras con su abuelo. El mismo que, cada vez que se caía patosamente, lo apodaba entre risas *Pies de Trapo*.

Nunca le molestó el nombre, pues en realidad nunca supo qué pensar del mismo. Con el dolor del accidente aún latente,

---

escucharlo entre la risa de dientes postizos de su abuelo tenía un efecto balsámico para su dolor físico, y solo después, una vez curado, se preguntaba si su abuelo se burlaba de él. Nunca llegó a ninguna conclusión, simplemente acabó interiorizando el apodo como si fuese parte su nombre.

Sus padres habían muerto en un accidente de coche, por lo que su abuelo viudo y su tío el viajero, al cual veía solo en Navidades, eran su única familia. Era, pues, su abuelo quien lo cuidaba y educaba bajo un esquema dual dotado de cariño y disciplina militar.

El abuelo se había criado correteando descalzo como un perro callejero en Sevilla, respirando vida al lado del Guadalquivir. Nunca llegó a entender el sistema educativo, el cual secuestraba a su nieto con deberes que lo privaban de salir a jugar con la naturaleza.

—¿Qué haces ahí sentado con la cara pegada a ese cuaderno?

—Son los deberes del colegio, yayo —le respondió con cierta tristeza y ese par de ojos desordenados.

—Ni hablar. Ya te pasas muchas horas sentado en clase todo el día. Cierra ese cuaderno y sal a jugar con los perros.

El abuelo tenía obsesión con que su nieto no fuese solo un niño normal, sino que quería que se sintiese excepcional, capaz de cualquier cosa, sin límites, y por eso lo apuntó a cuantos deportes se ofrecían en el colegio o por algún club deportivo del pueblo. Su objetivo era verlo correr y jugar sin estrellarse contra los obstáculos del terreno y de la vida.

Un día, después de recibir un balonazo en la cara, caer de espalda y darse un fuerte golpe en la cabeza, uno de los profesores, aterrado por el incidente, le suplicó al abuelo que sacara a su nieto de las actividades físicas, pues era obvio que, sin las tres dimensiones, su nieto, Pies de Trapo, iba a acabar malherido.

---

—Quizá el ajedrez sea más adecuado para un niño con su problema.

—¿Qué problema? —le preguntó el abuelo con cara de pocos amigos.

—Ya sabe —empezó el profesor—, el de su vista. No ve bien, no calcula las distancias, se tropieza...

—¡Tonterías! —lo interrumpió el abuelo—. Ve perfectamente, y las distancias, pues como el niño que empieza a andar, ya las aprenderá de otra forma. El cerebro humano es una máquina muy poderosa y le prohíbo que le diga a mi nieto que no puede jugar al fútbol, baloncesto o tenis como el resto de los niños.

El profesor conocía el pasado militar del abuelo y todo el mundo en el pueblo sabía que no era un hombre de atajos. El policía del pueblo lo descubrió el día que se le ocurrió pegarle una patada a su perro por ladrarle. El abuelo, que lo vio por una de las ventanas, no dudó ni medio segundo en agarrar su arma reglamentaria, abrir la puerta de la casa y ponérsela en la frente.

—De capitán a capitán, si vuelve a pegarle una patada a mi perro, le volaré la tapa de los sesos.

Corrían rumores de que el jefe de policía se había hecho sus necesidades encima y le había pedido al abuelo no contarle el incidente a nadie a cambio de no denunciarlo. El abuelo siempre juró no haber contado la historia a ningún vecino, sin embargo, todo el pueblo supo del incidente.

Así, su infancia, limitada por la falta de una dimensión, se vio potenciada por las aventuras de su abuelo durante la Guerra Civil en España, primero, y la Segunda Guerra Mundial, después. Participó en ambas y en sus relatos las mezclaba de tal manera que Pies de Trapo siempre pensó que eran una sola.

Todas las peripecias que le explicaba el abuelo contenían tanto volumen que prefería escucharlas embobado con los ojos abiertos

---

mirando al infinito para acceder así a un mundo voluminoso y lleno de matices que lo liberaban de su planicie monocular.

Ya hacía tiempo que no lo veía en persona. Tampoco hablaban mucho por teléfono, pues el abuelo detestaba esos aparatos debido a su sordera, producto de oír tantas balas y gritos de dolor. Fue el abuelo quien lo obligó a estudiar en el extranjero, quien lo empujó a viajar de mochilero por todo el mundo, quien le repetía, ya siendo adulto, que debía viajar y conocer mundo, crearse sus propias aventuras y empezar a enterrar las que él le había estado contado desde niño.

A pesar del poco contacto, de adulto, Pies de Trapo no sentía que el mundo resultaba plano y era consciente de que su abuelo había conseguido su objetivo de convertirlo en un ser humano ajeno a sus problemas de visión.

—¿Está usted seguro que no veo en tres dimensiones? —le preguntó al oftalmólogo con curiosidad en una revisión rutinaria pasados los treinta y cinco años.

—Sí —le respondió—, totalmente seguro.

—Entonces, ¿por qué no me voy chocando con las cosas o me estrello con los coches que tengo delante cuando conduzco?, ¿por qué puedo jugar al tenis y golpear la pelota sin ningún tipo de problema?

—Tu cerebro ha aprendido a calcular las distancias de otra forma —le dijo con cierto orgullo el oftalmólogo, como si él hubiese sido el factor determinante— y, a nivel práctico, es como si tuvieras tres dimensiones.

Lo llamó su tío una tarde de primavera. Se imaginó la noticia.

—El abuelo ha muerto en mis brazos —le dijo, sereno.

Se acercó a la ventana con los ojos húmedos. No quería que su tío supiera que estaba entre lágrimas que le nublaban esa visión

---

imperfecta corregida por su abuelo. Se frotó los ojos e intentó mirar a la gente que paseaba por la calle ajenos a su tragedia.

Por primera vez en su vida, a Pies de Trapo le pareció estar viendo el mundo como una foto completamente plana.

---

---

# ¡Que me cago!

La imagen de mi padre agarrado al mango del Seiscientos, con las gafas resbalándole a cámara lenta por el tabique nasal debido a un apretón intestinal en un domingo lluvioso durante la primavera del 1978, no se me podría olvidar ni aunque me entrenara para ello. Entre otras cosas porque, en mi caso, reafirma mi actual esclavitud a la genética heredada de ese caballero aferrado al mango de un diminuto coche rojo de tapicería blanca donde viajábamos cuatro adultos y dos niños, parecido al chiste sobre cómo meter a cuatro elefantes en un Seiscientos.

—Yayo, ¡que me cago! —soltaba mi padre alaridos descompuestos como una embarazada a punto de parir en medio de un campo de batalla.

—Ricardo, respira hondo; baja la ventanilla y respira hondo —le aconsejaba el veterano de guerra, quien, curtido en mil batallas, debía de haber presenciado más de una defecación involuntaria en Rusia, donde la División Azul casi se congela.

Dicen, con razón, que el contexto lo es casi todo, por eso no ayudaba estar atascados en medio de un decorado en forma de charco de barro que, debido a una lluvia corta pero intensa, tipo tropical, lo hacía parecer un auténtico campo de diarrea humana.

---

—Mira que te lo tengo dicho: «No te tomes un cortado después de comer» —añadía mi madre. Comentarios a toro pasado tan fútiles.

—¡Yayo! —desgarraba mi padre el ambiente.

Atascados en la mierda, la dantesca situación prosiguió durante lo que a mi padre y al resto de adultos les debió de parecer una eternidad. La expectativa colectiva de que un adulto de noventa kilos, que se acababa de clavar media ternera, se cagara encima en un espacio tan pequeño y en un lugar tan poco amigable para salir huyendo debió de tener un efecto negativo sobre el espacio-tiempo.

Mientras los adultos la padecían como una tragedia, la escena se grabó en mi cabeza como algo bastante natural, un teatrillo ambulante preparado para mi hermana y para mí. Con los años, sin embargo, me di cuenta de que la escena no era más que una lección de vida, algo que debí tomarme más en serio, anotar y recordar como esa frase a toro pasado y aparentemente fútil de mi madre: «No te tomes un cortado después de comer».

Ahora, pasados los años, el recuerdo ha mutado, y esa frase mi madre ya no se la dice a mi padre. Le veo las pupilas en alta definición mientras el fondo se va de foco y su dulce voz me susurra: «No te tomes un cortado después de comer».

—Juan, ¡que me cago! —gritaba como los sollozos de un hincha de fútbol cuyo equipo acaba de perder la Champions League en el último minuto.

Y ahí estaba yo, treinta y pico años después, atascado en medio del horripilante tráfico de São Paulo en un taxi cochambroso conducido por el genio de *Regreso al futuro*. Y mi socio, al lado, intentando controlar sus propios nervios porque se veía perdiendo su vuelo.

Todo había empezado dos horas antes, en la habitación del hotel.

---

—Rafa, vamos que no llegaremos.

—No encuentro el pasaporte.

—Estaba en la caja fuerte.

—No, ya he mirado. He mirado por todos lados... —Primer retortijón—. Lo he perdido —añadí poniendo mis brazos en jarra como si esa posición fuese a solucionar la situación.

—No puede ser. ¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—No lo sé. —Me senté en la cama, apoyé mis codos en mis rodillas y me llevé las manos a la cabeza. Otra posición inútil.

—Bueno, yo me tengo que ir o pierdo el vuelo.

Segundo retortijón. Ese fue de 5,3 en la escala de Richter.

Dos horas más tarde, las ventanillas del taxi estaban bajadas y yo respiraba como una embarazada a punto de dar a luz.

—Rafa, respira hondo, no pasa nada...

Me quise aferrar al mango del techo del coche y mi mano encontró el vacío.

—¡Joder!

—¿Qué? —me preguntó Juan con hartazgo.

—Este taxi no tiene mango.

—¿Qué?

—¡Este taxi no tiene mango! No me puedo agarrar...

—Pero si estamos parados, ¿para qué quieres el mango del demonio?!

—Es muy largo de explicar... —Retortijón número ciento veinte tres. Ya no había escala con la que medir su virulencia—. Dios, no dejes que me cague. Te lo suplico, no dejes que me cague —sollozaba mirando a un cielo imaginario como el del Hotel Venetian en Las Vegas. —Miré a mi socio con horror—. Juan —silencio y miradas cifradas—, me cago.

El taxista me miraba por el retrovisor. Treinta años de profesión y nunca había visto una escena tan dantesca.

—¡Que me cago!

---

—Rafa, ¡cagáte ya de una puta vez! —exclamó en un porteño immaculado.

Se hizo el silencio. Yo cerraba los ojos con fuerza, como si la mierda se me fuese a escapar por los orificios oculares. Cuando parecía inevitable que me iba a cagar encima, el tiempo se detuvo y pude ver a varias de mis generaciones pasadas agarradas a diferentes artilugios en un intento de aguantarse la cagalera. Creo que incluso llegué a ver a un conquistador en medio del Amazonas agarrado al pene de un macaco.

—Y justo me toca a mí no tener un mango donde agarrarme —susurré.

Juan me miró con enojo, dejándome saber que no me iba a permitir pasar ni una más, y menos la del mango.

Al llegar al aeropuerto casi tres horas después de iniciar el trayecto, salté del taxi dispuesto a cagarme en la misma pica del baño si fuese necesario. Por suerte, uno de los servicios estaba libre y pude defecar a lo Freud, sintiendo un placer de dimensiones desproporcionadas.

Salí del baño. Relajado. Tenía que denunciar la pérdida de mi pasaporte. Iba a perder mi vuelo y este contratiempo me obligaría a quedarme en São Paulo varios días. Me daba todo igual, pues no me había cagado encima y, además, había roto el maleficio del mango.

—Casi pierdo mi vuelo —me dijo un acalorado Juan al verme. —Asentí—. Qué hijo de puta eres —finalizó.

---

# El residuo del genio

Lo citó en la cafetería de la esquina. Ese cuchitril que siempre había regentado José y que ahora lo llevaba una pareja de origen oriental a los que apenas se les entendía y que, en ocasiones, parecían estar más cascados que el mobiliario y la maquinaria industrial de una cafetería que no se había renovado en más de treinta años; los treinta años que José había mimado tanto a su clientela y tan poco a su local.

Lo estaba esperando con un cortado. Era adicto al café a pesar de que el médico le había advertido que su problema de extrasístoles cardíacas venía dado por su ingesta compulsiva. Le daba igual, porque asumía que todo, absolutamente todo, generaba residuos. Y en dicha convicción se asentaba su tranquilidad de que el café no era una excepción y, por lo tanto, sus extrasístoles resultaban más que bienvenidas.

Lo vio cruzar la calle mientras sorbía. De joven siempre pensó que Andrés andaba con aires de dandi, de caballero de película de los años cincuenta. Pero ahora, verlo cruzar un paso de cebra le producía dolor ocular y, aunque estuvo tentado de retirar la vista para aliviarse, no pudo dejar de hacerlo. En el fondo, y no muy profundo, era reconfortante que Andrés caminara como un

---

zopenco, pues pensó que ya iba siendo hora de que su belleza del pasado, aún ligeramente visible, dejara de servirle de excusa para camuflar lo que él consideraba un escaso intelecto.

—Hola —dijo jadeando mientras se sentaba delante de Luis.

—Hola. ¿Cómo estás? —le preguntó retóricamente.

—Bien —le respondió Andrés—. Algo atareado.

—¿Bien? ¿Atareado? —volvió a preguntar con retórica Luis.

—Sí, ya sabes —intentó explicar Andrés con poca solvencia.

Desistió y se pidió un café solo.

—Pues la verdad es que no, no sé. Si juzgo por cómo caminas y cómo estás respirando, diría que estás muy mal de salud. Y siendo un jubilado bien remunerado, tampoco sabría adivinar qué te tiene tan atareado.

—Cosas. Yo que sé... La vida me tiene atareado.

—¿La vida? Quizá que empecemos a pensar más que vamos a hacer cuando estemos muertos, porque aquí ya no hacemos nada. Yo me aburro como una ostra, y eso que nunca he conocido a ninguna personalmente.

Andrés se echó a reír. Le pusieron el café en la mesa y no tardó en darle un buen sorbo.

—Bueno, antes de morirnos parece que querías contarme algo, ¿no? —dijo Andrés con cierta urgencia.

—Sí —le respondió Luis sin titubear.

—Pues soy todo oídos.

—Qué curioso.

—¿El qué?

—No sé —empezó Luis—, si un viejo como tú me llama para decirme que tiene que contarme algo importante y que además lo tiene que hacer en persona, lo normal sería intentar evitar el encuentro a toda costa.

—¿Por qué? Si somos amigos desde que tengo uso de razón.

—Sí, sí, somos muy amigos, de eso no hay duda.

---

—¿Entonces? Lo normal es venir a la cita sin rechistar, y aquí estoy.

—¿No quieres saber entonces por qué yo retrasaría mi cita?

—preguntó Luis, pretendiendo estar confundido.

—Pues no sé, prefiero saber para qué me has citado, a menos que me hayas citado para explicarme por qué tú no irías a una cita si tu mejor amigo del alma te reclama con urgencia.

—No, no era eso de lo que te quería hablar, pero vuelvo a utilizar la palabra «curioso».

—Hagamos una cosa —arrancó Andrés—, porque ya veo que nos vamos a perder como siempre...

—Eso también vuelve a ser curioso —lo interrumpió Luis—. Yo hago que nos perdamos y tú siempre haces que volvamos a encontrar el rumbo. Siempre ha sido así.

—No es verdad. Así es como tú lo has vivido. Para mí, tú siempre has sido el que me ha llevado de viaje, yo solo nos he devuelto a nuestro mundano mundo. Contigo es imposible aburrirse. Fíjate, me has traído aquí para hablar de Dios sabe qué y ya estamos embarcados en un viaje a ningún sitio que ya me tiene intrigado.

—Joder. Me gusta tu visión de quién he sido para ti. Yo acojonado por culpa de mis cavilaciones y tú disfrutando de un viaje intelectualmente lúdico.

—Ya ves.

Los dos, sincronizados como relojes suizos, sorbieron de sus respectivos cafés.

—Bueno, el motivo por el que te he pedido que vinieras es porque, antes de morirme, quiero que me aclares un asunto —dijo Luis.

—¿Estás enfermo? ¿Es por eso que me has pedido que venga con tanta urgencia?

—No, no estoy oficialmente enfermo.

---

—Ah, qué susto —respiró con alivio Andrés.

—Por eso te he dicho antes que si tú me llamas de urgencia, retrasaría la cita todo lo posible. Lo normal, si usaras esa cabeza que tienes encima de los hombros alguna vez —dijo mientras le señalaba el cogote con el índice—, es que justamente pensaras que te iba a anunciar una enfermedad mortal, algo que yo no podría soportar; verdaderamente espero que te mueras de golpe, a ser posible. Tú, sin embargo, has venido aquí velozmente pensando que era algo interesante, positivo o incluso divertido.

—Bueno, es que te acabo de decir que contigo todo es un viaje. Hasta ahora, tus cavilaciones siempre han sido interesantes, no siempre positivas, pero no por ello menos entretenidas y, muchas veces, peculiarmente divertidas. Eres un genio, siempre te lo he dicho.

—¡Exacto! —exclamó Luis.

—¿Exacto qué? —preguntó Andrés, contrariado—. No has parado de decir cosas en todas direcciones y aún tengo la cabeza dando vueltas sobre su eje como la niña de *El exorcista*.

—Genio...

—Qué va, ya conoces de sobra mis limitaciones.

—Sí, las conozco —dijo Luis, tomándose en serio el chiste—. Y no, no digo que tú seas un genio, sino que tú siempre has dicho que yo lo soy. —Andrés asintió con la cabeza con cierta vergüenza—. Quería que me aclararas si durante estos setenta años me has dicho que era un genio de forma figurada o verdaderamente lo pensabas. Es decir, si crees que soy un completo genio o, por el contrario, un genio definido como la persona que dice ocurrencias; un charlatán, para entendernos. —Andrés lo miró fijamente unos segundos para acabar desviando la vista por la ventana del local como si estuviese esperando a que llegara un portaviones por la avenida—. Nunca un silencio y un lenguaje corporal habían sido tan claros —soltó Luis, algo decepcionado.

---

—Ambas.

—¿Ambas?

—Como bien dices, eres un completo genio —empezó Andrés—, pero a veces también has sido un charlatán. Pero esta segunda cualidad no puede negar ni anular la primera. Intelectualmente hablando, eres un privilegiado que jamás supo aprovechar su intelecto más que para ser un agitador de charlas de cafetería.

Resopló ante el comentario: a Luis le pareció algo rudo, pero totalmente acertado.

—¿Entonces? Y aunque no haya sabido aprovecharlo, desde tu capacidad, dirías que soy un genio, un superdotado intelectual.

—Sí, lo diría —respondió Andrés—. Pero recuerda que te estás conformando con que te lo diga alguien que no lo es. Hecho que hace toda esta situación un tanto extraña.

—Es verdad. ¿Y a quién crees que le debería preguntar? ¿Qué otro genio conoces que pudiera medirme y valorarme para saber si un genio me concede el honor de ser otro?

—Pues no lo sé, la verdad.

—¿No conoces a otros genios? —preguntó Luis.

—No que estén a tu nivel, amigo mío.

—Ese hecho en sí mismo ya me sirve para validarme como tal. Tú eres un tío muy social, has viajado por todo el mundo, y si no crees conocer a nadie más genio que yo, es que debo serlo.

—Me parece razonable el argumento.

—Entonces, déjame que te pregunte lo siguiente: si soy un genio, ¿cómo es que no tengo ningún residuo identificable como resultado de serlo?

Le resopló en la cara como respuesta. Se miraron fijamente sin buscar nada concreto el uno del otro.

—No sé —rompió el silencio Andrés—. No sé a qué coño te refieres.

---

—Todo, absolutamente todo, tiene un desecho como consecuencia de su actividad, ¿no?

—Supongo. No sé.

—Bueno, te lo digo yo que soy el genio —dijo Luis, soltando una media sonrisa—. Yo, por ser genio, no tengo ningún residuo, no tengo ninguna excentricidad, ningún hábito, que ayude a identificarme como un genio. El café de mierda este no cuenta

—Pero a un genio se lo detecta cuando saca a relucir sus cualidades, no porque tenga hábitos extravagantes.

—No puedo darte la razón en este punto porque todo tiene su residuo. Ser genio tiene los suyos y por los residuos también deberíamos poder identificar a aquellos que son completos genios. Yo debería ver mis propios residuos para creerme que soy uno.

—¿No me crees cuando te lo digo? —preguntó Andrés.

—Sí y no. Quiero creerte, pero no logro verlo. Y al no ver residuos de mi genialidad, no logro identificarme como tal.

—Joder, voy a necesitar por lo menos dos cafés más para poder seguirte en este trayecto.

Se quedaron en silencio un rato. Andrés empezó a pensar en que tendría que llamar a su hija, ya que hacía días que no había visto a su nieto. Luis entró en un pozo depresivo interno al comprobar que, si no era capaz de identificar sus residuos como genio, no era un completo genio, sino un «charlatán de cafetería», como acertadamente lo había descrito Andrés.

—Bueno, me tengo que ir. Voy a buscar a Marta, a ver si puedo ver a mi nieto —dijo Andrés mientras se ponía de pie con alguna dificultad.

—Vale. Mándale saludos de mi parte.

—¿Tú estarás bien?

—Sí. Ya sabes que los solitarios solemos estar bien en nuestra soledad.

---

Andrés asintió y se fue hacia la puerta del pequeño bar. Una vez entreabrió la puerta, se giró para mirar a su amigo el genio. Estaba arrugado. Nunca había sido especialmente atractivo y con la edad había ganado en sobriedad física a pesar de su cara tristonera. Pensó que Luis siempre había sido como un apéndice en su vida, un espacio reservado. Sus allegados nunca habían entendido por qué Andrés sentía tanta devoción por Luis, quien era considerado socialmente como un estorbo, un residuo social. Se le cruzó por la cabeza que quizá Luis fuese un residuo en su vida.

—Luis —le dijo desde la puerta. Levantó la vista con urgencia y lo miró como un perrito al que su dueño le acaba de llamar para ir a jugar. Andrés estuvo tentado de decirle que ya había hallado el residuo—. Te quiero, amigo. Y aunque nunca encuentres tu residuo, para mí siempre serás un genio.

---